

# TOPOGRAFIEN DES KÜNFTIGEN TOPOGRAFÍAS DE LO VENIDERO



(c) Sandra Feferbaum

Riachuelo, Gabriela Cabezón Cámara

**Riachuelo. Die Reinigung der Oberfläche / Riachuelo, la limpieza de la superficie, Lucy Fricke**

Buenos Aires, octubre de 2019



## Riachuelo

De Gabriela Cabezón Cámara

Se puede matar un río. No hace tanto tiempo que sé que se puede matar un río. Al Riachuelo lo conozco, sin embargo, desde casi siempre. Yo vivía lejos del Centro, así se le decía a Buenos Aires en mi familia, no teníamos auto, mis padres no eran de pasear mucho y para llegar hasta la Boca teníamos que tomar tres colectivos. Pero en verano mi papá trabajaba en Mar del Plata. Y la familia de mi madre vive allá. Así conocí el Riachuelo: pasando por arriba, desde adentro del tren que nos llevaba —bien y mal, parando seguido, misteriosamente para mí, en el medio del campo— hasta la casa de mi abuela. Era un pasaje a otra dimensión el Riachuelo: la de la vida en el mar, la del buen humor de mi madre, la de las vacaciones. Un portal hecho de un olor nauseabundo que se adueñaba del aire, lo volvía otra cosa, una cosa aceitosa, agusanada de gusanos podridos tan chiquitos como las partículas, pensaba yo, que veía flotar suspendidas en el aire que el sol iluminaba en los haces que filtraba la persiana de mi pieza a la mañana. Podrida, en fin, la cosa esa que respirábamos ahí arriba y que antes y después era aire nomás otra vez. Eso era el Riachuelo, un olor desde arriba de un tren, el final del Centro y el principio de otra cosa; una frontera de mierda que había que atravesar para llegar al mar, siguiendo, curiosamente, el mismo destino que sus ¿aguas? Mejor digámosles fluidos: “Cero por ciento de oxígeno”, nos va a explicar alguno de los funcionarios de la Ciudad con los que charlamos. Uno de perfil autoritario, debía de ser el jefe, y otros dos que amablemente trataban de informarnos. Todos con unos escudos en las camisas que decían “Ciudad Verde”. Nuestros visitantes habrán sabido apreciar la ironía. Incluso vieron, a la vuelta, cuando caminamos unas cuantas cuadras, cómo nuestro gobierno cubre las bases de los árboles, del mismo modo que cubre todo lo que puede, con cemento. Les tapa la tierra, deja que apenas se asomen los troncos. Cero oxígeno. Mejor digámosles fluidos.

Entonces nos subimos al barquito la tarde esplendorosa del martes. No llegué a contarles del Riachuelo-portal de mi infancia a los otros pasajeros. A Lucy le cuento del aluvión zoológico, de cómo miles y miles cruzaron ese mismo Riachuelo hace casi 75 años, de cómo les levantaron el puente para que no pudieran caminar, de cómo entonces usaron botecitos y nadaron, de cómo hicieron su marcha hacia el Centro, de cómo llegaron y se mojaron las patas en la fuente, de cómo todo eso que le estoy diciendo es ya parte de una mitología nacional, de cómo los porteños de entonces, los burgueses porteños, los llamaron cabecitas negras y ahí me acuerdo de una amiga de una amiga cuyo padre traducía, en chiste, a su yiddish natal, “schwarze keppele”. Se ríe Lucy. Le digo que racismo, que clasismo, que cabeza como las de ganado, que patas como las de ganado, que se les armó la rebelión en la estancia a los patrones. ¿Salió bien? ¿Qué? El aluvión zoológico. No sé. Creo que sí. No sé. Pero estoy segura de que después nunca salió mejor. Prefectura se llevó unas fotos de nuestros documentos y procedió, muy parsimoniosamente, a revisarlos. Tal vez se les cortaba la conexión. Uno de los funcionarios nos explicó algunas cosas. Lo del cero por ciento oxígeno y una serie de detalles que nos importaban muy poco, o por lo menos a mí, como la cantidad de municipios que atraviesa la cuenca Riachuelo Matanza. Catorce parece que son y eso ha de ser relevante administrativamente, me imagino, pero sonaba más bien a resignación, a

impotencia, a con semejante quilombo hacemos lo que podemos. La contaminación viene, nos dijeron, ochenta por ciento por las cloacas que se vierten, “en el sur” precisaron, directamente a los fluidos de los ríos. Y el otro veinte por ciento, de las industrias. Sin lugar a dudas la recesión galopante ha de haber incidido en esa distribución de los aportes al daño. Ni para descontaminar sirve la parálisis económica. Le pregunto si no sería posible tratar los efluvios cloacales e industriales antes de tirarlos al río. Dos veces le pregunto. Pero no me contesta, cuenta otra cosa: que no es posible remover el lodo, los lodos me dice, porque no hay consenso científico: la mitad dice que removerlos contaminaría aun más. La otra mitad, que mejor removerlos y limpiar todo de una vez. Y el funcionario agrega que, además, qué se haría con esos lodos, ¿a vos te gustaría tenerlos en la puerta de tu casa? me pregunta. Y cierra la cuestión.

Prefectura termina de ver los documentos y arrancamos. Hacia el sur vamos, hacia las industrias y las cloacas, deduzco por lo que nos dijo el hombre de los lodos en frente de mi casa, pero hacia el Sur del Oeste: para el lado de la General Paz. Sacamos fotos. Hablamos un poco. Nos piden que nos sentemos porque se pueden trabar las hélices. Nos volvemos a parar. Un poco como en el pasillo del tren cuando corríamos con mi hermano. Nos sentamos otra vez. No huele, ahí en la Boca, frente a Proa, en el punto de partida, como olía cuando era chica. El aire está raro, tiene algo, algo como una película densa que se mete en el estómago pero no es para tanto, está más bien liviano. El fluido es de un marrón relativamente claro y la máquina que levanta basura no para de trabajar. El barco tiene una bandera, la vemos mientras flamea en el giro hacia el Sur: es un águila con corona muy española, tiene una cruz colorada, ¿sangrienta?, en una de las patas y abajo de las patas cuatro aguiluchos. Muy marcial se la ve, muy de guerra y muy imperial. Alguien gulea. Parece que es el escudo de armas de Garay. Y que la ciudad lo adoptó en 1995. Y de algún modo me resulta lógico que esté podrido el lugar donde atracó Garay. Es una herida. “¿Y fue por este río de sueñera y de barro / que las proas vinieron a fundarme la patria? / Irían a los tumbos los barquitos pintados / entre los camalotes de la corriente zaina?”<sup>1</sup> Sí, por este río vinieron a fundarte la patria, este río que ya no tiene agua sino fluidos ni barro sino lodos ni camalotes sino nada. El barquito termina de girar y le pone proa a la General Paz. Lo podrido del aire toma más cuerpo, ocupa más lugar en la boca, en el esófago, en el estómago, a cada metro que avanzamos. Vemos barracas, hermosos edificios centenarios que no se me ocurre para qué serán usados ahora. Silos. El Puente Pueyrredón y el Coloso de Avellaneda: una especie de cabecita negra gigantesco que lleva en las manos, en una bandeja, una cabeza de Evita con rodete. Como Salomé con Juan el Bautista, por ejemplo. Pero no, debe estar llevando el espíritu de Evita, el espíritu de aquella marcha heroica del pueblo por el pueblo y para el pueblo que, ya lo dije, no sé si salió del todo bien y duele ver que nunca más salió mejor. Ni siquiera parecido. Recuerdo otro viaje. Tendría 18 años. Como ya dije, el Centro me había quedado lejos casi toda la vida hasta entonces. Y, sin auto y con un solo colectivo en el barrio, no íbamos muy lejos. Conocía poco mundo. Mi barrio, el de mis abuelos paternos que quedaba cerca, la zona del Obelisco y Mar del Plata. Y listo. Entonces tenía 18 y por algún motivo me tomé un colectivo que no conocía. El 28 creo. En todo caso, un colectivo que bordeaba el Riachuelo. No recuerdo bien adonde iba. A Villa Madero tal vez. No sé. Pero me acuerdo del olor asqueroso y de las montañas y montañas de basura que había en las orillas.

---

<sup>1</sup> De: Jorge L. Borges, “Fundación mítica de Buenos Aires” en: Cuadernos de San Martín (1929)

Y de nenes, adultos, perritos arriba de esas montañas. Nenes montañistas de la miseria. Fue la primera vez que vi algo tan atroz. Se lo cuento a Lucy. Le cuento, también, a uno de los funcionarios, que me acuerdo de eso. Creo que se pone contento, que está orgulloso de su trabajo y lo reconforta que alguien lo reconozca. "Está mejor" me dice. Y yo le digo que sí. Que mejor que hace un par de décadas. Pero muchísimo peor que antes. ¿Antes cuándo? Antes. Antes de que mataran al río. Mi papá llegó a ir a una de las playas del Riachuelo. Mi abuela fue toda su infancia y su juventud. No sé a qué playa y ya no les puedo preguntar. Tal vez sería Puerto Piojo, esa playa en el Dock que un grupo de gente de Acumar, entre ellos un colega escritor, el poeta Carlos Gradin, ha recuperado en el sentido de recuperar su memoria. Recuerdo, mientras les cuento esto, que una vez mi abuela nos mandó una postal. Desde Buenos Aires. Yo no sabía que había postales de Buenos Aires. Creía que las postales llegaban a Buenos Aires pero que no podían salir de acá. Era una postal del balneario de Costanera Sur. Lleno de gente contenta. Porque se puede matar un río. Pero un río nunca muere solo. El barquito sigue rumbo a Pompeya y los fluidos son cada vez más oscuros, más aceitosos. No vive nada ahí. Si una sudestada mete algún cardumen y el cardumen no pega la vuelta a tiempo, se muere. Que es fácil verlos cuando entran porque nadan en la superficie buscando oxígeno. Que si no llegan a tiempo después es todavía más fácil verlos: quedan en la superficie. Flotando, de costado ya para siempre.

Se puede matar un río. Este está muerto. Hay algunas tortugas, nos dicen. Que las tortugas son como las cucarachas, agregan. No vemos ninguna. Vemos, sí, al costado de la villa, en la barranquita casi vertical que cae en el fluido, en los lodos, dos perros. Quietos. Como estatuas. Quietísimos. ¿Están vivos? Sí: un gato negro sube a toda velocidad hacia un hueco que hay en el paredón precario que se casi hunde en los lodos. Vive gente acá. Un montón. Hay villas. Y viviendas sociales. Viven con este aire pegado al cuerpo, metiéndoseles en el cuerpo como una peste. ¿Cómo será oler siempre esta podredumbre? Pasan unas chicas chicas con bebés y nenes. Charlan y caminan tranquilas.

Hay plantas en las orillas. Y árboles: álamos, sauces. No muchos pero los que hay han de ser como las cucarachas y las tortugas. Ahí están, en pie, resistiendo. Las plantas, pobrecitas, están como retorcidas, arrugadas, medio marchitas. Bebiendo de esos fluidos quien sabe si mejorados por el filtro de la tierra. Todo es cada vez más oscuro, más viscoso, más sucio. No llegamos mucho más allá del puente Alsina. Hay que volver. El barquito pega la vuelta. Veo algunas palomas, grises ellas, vuelan contentas. Y emerge, se recorta contra todo este color empetrolado, una garza. Blanca. Blanquísima. Y sola, solísima. ¿Estará bien? No sé. Se la ve bien. Pero está ahí, quietita, con las patas hundidas en los lodos del río yerto. Porque sí, se puede matar un río y todo lo que en el vive y lo hace vivo y enfermar a todo lo que vive alrededor. Porque si no se mata a los ríos y a las selvas y a las pampas y a las montañas y a las sierras, entonces el hambre, dicen. Pero mataron este río y tantos otros ríos y acá en el supermercado del mundo, envenenado hasta las napas, 13 nenes de cada cien pasan hambre.

El barco llega casi hasta el Río de la Plata y el aire se parece más al aire y los fluidos a alguna clase de agua. Nos vamos a tomar un café a una terraza. Respiramos. Nos sacudimos la náusea con agua mineral y vista al río. Arriba, en el cielo luminoso de la tarde, una media luna flota, joyesca.

## Riachuelo

Von Gabriela Cabezón Cámara

Übersetzung: Sarah van der Heusen

Einen Fluss kann man töten. Seit nicht allzu langer Zeit weiß ich, dass man einen Fluss töten kann. Den Riachuelo jedoch kenne ich schon fast seit immer. Ich lebte weit weg vom Zentrum, so nannte man Buenos Aires in meiner Familie, wir hatten kein Auto, meine Eltern waren nicht so für Ausflüge und um nach La Boca zu kommen, mussten wir drei verschiedene Busse nehmen. Aber im Sommer arbeitet mein Papa in Mar del Plata. Und die Familie meiner Mutter wohnte da. So lernte ich den Riachuelo kennen: von oben, aus dem Zug heraus, der uns – mal gut, mal schlecht, er hielt ständig mitten auf dem Land, was mir rätselhaft war – bis zum Haus meiner Großmutter brachte. Über den Riachuelo zu fahren, war eine Passage in eine andere Dimension: die des Lebens am Meer, der guten Laune meiner Mutter, der Ferien. Ein Tor aus ekelhaftem Geruch, der von der Luft Besitz ergriff und sie in etwas anderes verwandelte, in etwas Öliges, Wurmiges aus verfaulten Würmern, in meiner Vorstellung so klein wie die schwebenden Partikel in den Lichtstrahlen, die morgens in meinem Zimmer durch die Fensterläden schienen. Verfault also, das, die wir hier oben atmeten und das davor und danach wieder einfach Luft war. Das war der Riachuelo, ein Geruch aus dem Zug, das Ende des Zentrums und der Beginn einer anderen Sache; eine Grenze aus Scheiße, die man überschreiten musste um ans Meer zu kommen, wobei man komischerweise dem gleichen Ziel folgte wie sein ... „Wasser“? Besser nennen wir es seine Flüssigkeiten: „Null Prozent Sauerstoff“, erklärte uns einer der Stadtbeamten, mit denen wir redeten. Einer mit autoritärer Ausstrahlung, wohl der Chef, und zwei andere, die freundlich versuchten, uns zu informieren. Alle mit Wappen auf den Hemden, auf denen „Grüne Stadt“ stand. Unsere Besucher wussten wohl die Ironie zu schätzen. Als wir auf dem Rückweg ein paar Blöcke liefen, konnten sie sogar sehen, wie unsere Regierung die Wurzeln der Bäume mit Zement bedeckt, so wie sie das bei allem macht, wo das möglich ist. Sie verschließt die Erde, so dass gerade mal die Stämme herausragen. Null Sauerstoff. Sagen wir lieber Flüssigkeiten.

Dann stiegen wir an einem wundervollen Dienstagnachmittag in das Boot. Ich kam nicht dazu, den Mitfahrern von dem Riachuelo-Tor meiner Kindheit zu erzählen. Lucy hatte ich von der „zoologischen Flut“ erzählt, wie Abertausende vor beinahe 75 Jahren genau diesen Riachuelo überquert haben, wie man ihnen die Brücke wegnahm, damit sie nicht weiter gehen konnten, wie sie dann Boote benutzten und schwammen, ihren Marsch bis ins Zentrum führten, ankamen und ihre Beine im Brunnen wuschen; wie all das, was ich erzähle, Teil einer nationalen Mythologie ist, wie die Porteños von damals, die bürgerlichen Einwohner von Buenos Aires, sie „Schwarzköpfchen“ nannten, was mich an eine Freundin einer Freundin erinnert, deren Vater im Scherz „schwarze keppel“ in seine Muttersprache Jiddisch übersetzte. Lucy lachte. Ich redete von Rassismus, von Klassendenken, von Tierköpfen, von Tierbeinen, davon, dass sich auf den Farmen der Aufstand gegen die Herren bildete. Ging es gut aus? Was? Die zoologische Flut. Ich weiß nicht. Ich glaube schon. Ich weiß nicht. Aber ich bin sicher, dass es danach niemals besser ausging. Der Hafenzwischenmann nahm einige Fotos von unseren Dokumenten mit und ging, sehr bedächtig, dazu über sie zu prüfen. Vielleicht war die Verbindung unterbrochen. Einer der Beamten

erklärte uns ein paar Sachen. Das mit dem null Sauerstoff und eine Reihe von Einzelheiten, die uns kaum interessierten, oder wenigstens mich nicht, so wie die Anzahl der Gemeinden, die das Flussbecken des Riachuelo Matanza durchquert. Anscheinend sind es vierzehn und das ist verwaltungstechnisch sicher bedeutsam, dachte ich mir, aber es klang eher nach Resignation, Ohnmacht, nach: In diesem Chaos machen wir, was wir können. Die Kontamination komme, so sagten sie, zu achtzig Prozent von den Kloaken, die – „im Süden“, präzisierten sie – direkt in die Flüssigkeiten des Flusses entleert werden. Und die anderen zwanzig Prozent von der Industrie. Ohne Zweifel muss die galoppierende Rezension Auswirkungen auf den Ursprung der schädlichen Beiträge gehabt haben. Nicht einmal zum Dekontaminieren nutzt die ökonomische Lähmung. Ich fragte sie, ob es nicht möglich sei, die Abflüsse von Kloaken und Industrie zu behandeln, bevor sie in den Fluss geschüttet werden. Zweimal fragte ich. Aber er antwortete mir nicht, erzählte etwas anderes: dass es nicht möglich sei, den Schlamm (die Schlämme sagt er) zu beseitigen, weil es keinen wissenschaftlichen Konsens gebe: Eine Hälfte sage, dass es noch mehr verschmutzen würde, wenn man sie entfernt. Die andere Hälfte, dass es besser sei, sie zu entfernen und alles auf einmal zu reinigen. Und der Beamte fügte hinzu, außerdem, was sollte man mit diesen Schlämmen machen, würde es Ihnen gefallen, die vor der Haustür zu haben? Und beendet das Thema. Der Hafenzwischenmann war mit den Papieren fertig und wir fuhren los. Wir fuhren nach Süden, in Richtung der Fabriken und Kloaken, leitete ich aus dem ab, was uns der Mann mit den Schlämmen vor meinem Haus gesagt hatte, aber nach Südwest: in Richtung der Avenida General Paz. Wir machten Fotos. Redeten ein wenig. Sie baten uns, uns zu setzen, weil sich die Schiffsschrauben verheddern könnten. Wir standen wieder auf. Ein bisschen wie in dem Gang des Zuges, durch den mein Bruder und ich damals rannten. Wir setzten uns wieder hin. Hier in La Boca, gegenüber von der Fundación Proa, am Ausgangspunkt, riecht es nicht so, wie es gerochen hat, als ich klein war. Die Luft ist komisch, sie hat etwas, etwas wie einen dichten Film, der einem in den Magen geht, aber es ist halb so wild, sie ist eher leicht. Die Flüssigkeit ist von einem eher hellen Braun und die Maschine, die Müll rausholt, hört nicht auf zu arbeiten. Das Boot hat eine Fahne, wir sahen sie, als sie bei der Drehung nach Süden flatterte: ein Adler mit einer Krone, sehr spanisch, mit einem roten Kreuz – blutig? – an einem Bein und unter ihm vier Adlerküküen. Sehr martialisch sieht das aus, sehr nach Krieg und sehr imperial. Jemand googelte. Anscheinend ist es das Wappen von Garay. Und die Stadt hat es 1995 angenommen. Auf gewisse Weise scheint es mir logisch, dass der Ort verfault ist, an dem Garay angelegt hat. Es ist eine Wunde. „Also auf diesem trägen und schlammigen Fluß wären damals / die Boote gekommen, um mir die Heimat zu gründen? / Die bunten Schiffchen tanzten bestimmt auf den Wellen / zwischen treibenden Büschen in der Brühe der Strömung.“<sup>2</sup> Ja, über diesen Fluss kamen sie um das Heimatland zu gründen, über diesen Fluss, der kein Wasser mehr hat sondern Flüssigkeiten, keinen Matsch sondern Schlämme, keine Wasserpflanzen sondern nichts. Das kleine Boot hatte fertig gedreht und stellte sich mit dem Bug zur Avenida General Paz. Das Faulige der Luft nahm Gestalt an, besetzte mit jedem Meter, den wir fuhren, mehr Raum im Mund, in der Speiseröhre, im Magen. Wir sahen Speicher, wunderschöne, hundertjährige Gebäude, zu denen mir nicht einfällt, wofür sie heute genutzt werden könnten. Silos. Die Pueyrredón-Brücke und der Coloso de Avellaneda: eine Art riesiges Schwarzköpfchen, das in den Händen, auf einem Tablett,

---

<sup>2</sup> Borges „Mythische Gründung von Buenos Aires“ in der Übersetzung von Gisbert Haefs und Karl August Horst (Berlin 1987)

einen Kopf von Evita mit geflochtener Haarschnecke hält. Wie Salomé mit Johannes dem Täufer, zum Beispiel. Aber nein, wahrscheinlich trägt er den Geist von Evita, den Geist des heroischen Marsches des Volkes wegen des Volkes und für das Volk, von dem ich, wie gesagt, nicht weiß, ob er wirklich gut ausging und es wehtut, dass es niemals besser wurde. Nichtmals so ähnlich. Ich erinnerte mich an eine andere Reise. Ich war 18. Wie gesagt, war bis dahin fast mein ganzes Leben lang das Zentrum für mich weit entfernt gewesen. Ich kannte wenig von der Welt. Mein Viertel, das Viertel meiner Großeltern väterlicherseits in der Nähe, die Gegend um den Obelisk und Mar del Plata. Und das war's. Damals war ich 18 und aus irgendeinem Grund nahm ich einen Bus, den ich nicht kannte. Den 28er, glaube ich. Jedenfalls einen Bus, der am Riachuelo entlangfuhr. Ich erinnere mich nicht mehr, wo ich hinfuhr. Nach Villa Madero vielleicht. Ich weiß es nicht. Aber ich erinnere mich an den ekelhaften Geruch und an die Berge über Berge von Müll an den Ufern. Und an Kinder, Erwachsene, Hunde oben auf diesen Bergen. Bergsteigende Kinder des Elends. Es war das erste Mal, dass ich so etwas Grauenhaftes sah. Ich erzählte es Lucy. Ich erzählte auch einem der Beamten, dass ich mich daran erinnere. Ich glaube, er freute sich, war stolz auf seine Arbeit und es ermutigte ihn, dass es jemand anerkennt. „Es ist besser geworden“, sagt er mir. Und ich stimmte ihm zu. Besser als vor ein paar Jahrzehnten. Aber wesentlich schlechter als früher. Wann früher? Früher. Bevor sie den Fluss getötet haben. Mein Papa ist noch an einen der Strände des Riachuelo gegangen. Meine Großmutter ging ihre ganze Kindheit und Jugend durch. Ich weiß nicht, zu welchem Strand und ich kann sie schon nicht mehr fragen. Vielleicht war es Puerto Piojo, dieser Strand am Dock, den eine Gruppe von Leuten von Acumar, unter ihnen ein Schriftstellerkollege, der Dichter Carlos Gradin, zurückerobert haben, in dem Sinn, dass die Erinnerung zurückerobert wird. Während ich das erzählte, erinnerte ich mich daran, dass meine Großmutter uns einmal eine Postkarte schickte. Aus Buenos Aires. Ich hatte nicht gewusst, dass es Postkarten von Buenos Aires gibt. Ich dachte, dass die Postkarten in Buenos Aires ankamen, aber nicht, dass sie dort losgeschickt werden konnten. Es war eine Postkarte vom Badeort an der Costanera Sur. Voll mit glücklichen Leuten. Weil man einen Fluss töten kann. Aber ein Fluss stirbt nie von alleine. Das Boot fuhr weiter mit Kurs auf Pompeya und die Flüssigkeiten wurden immer dunkler, ölig. Es lebt nichts darin. Falls irgendein Sudestada-Wind einen Fischschwarm hineinweht und der Schwarm nicht rechtzeitig umdreht, stirbt er. Man kann die Fische leicht sehen, wenn sie reinschwimmen, weil sie an der Wasseroberfläche schwimmen, um Sauerstoff zu suchen. Wenn sie es nicht rechtzeitig schaffen, sind sie noch einfacher zu sehen: Sie bleiben an der Oberfläche. Auf der Seite treibend, dann schon für immer.

Man kann einen Fluss töten. Der hier ist tot. Es gibt ein paar Schildkröten, sagte man uns. Die Schildkröten sind wie Kakerlaken, fügten sie hinzu. Wir sahen keine einzige. Was wir wohl sahen, an der Seite der Siedlung, an einem fast senkrechten, in die Flüssigkeit, in die Schlämme abfallenden Ufer, waren zwei Hunde. Ruhig. Wie Statuen. Völlig ruhig. Ob sie lebendig waren? Ja: Eine schwarze Katze kletterte schnell in eine Öffnung in der provisorischen Wand, die beinahe in den Schlamm versank. Da leben Menschen. Eine Menge. Es gibt Siedlungen. Und Sozialwohnungen. Sie leben mit dieser Luft, die an ihnen klebt, sich ihnen wie eine Pest in den Körper bohrt. Wie mag es sein, immer diese Fäulnis zu riechen? Es kamen ein paar junge Mädchen mit Babys und Kindern vorbei. Sie unterhielten sich und spazierten in Ruhe.

Es gibt Pflanzen an den Ufern. Und Bäume: Pappeln, Weiden. Nicht viele, aber die, die da sind, müssen wie die Kakerlaken und Schildkröten sein. Hier sind sie, aufrecht, sich widersetzend. Die Pflanzen, die Armen, sind wie verdreht, zerknickt, halb verwelkt. Sie trinken diese Flüssigkeiten, wer weiß, ob die durch den Filter der Erde besser werden. Alles wird immer dunkler, klebriger, schmutziger. Wir kamen nicht viel weiter als zur Alsina-Brücke. Wir mussten umkehren. Das Boot drehte. Ich sah ein paar Tauben, grau, friedlich fliegend. Und da tauchte ein Reiher auf, zeichnete sich gegen dieses ganze Petrolfarbene ab. Weiß. Sehr weiß. Und allein, sehr allein. Ob es ihm gut geht? Ich weiß es nicht. Er sieht gut aus. Aber da ist er, ganz ruhig, mit den Beinen in den Schlämmen des starren Flusses versunken. Deswegen, man kann einen Fluss töten und alles, was in ihm lebt und ihn lebendig macht, und alles, was um ihn herum lebt, krank machen. Denn wenn man nicht die Flüsse und die Urwälder und die Pampas und die Berge und Sierras tötet, dann gibt es Hunger, sagen sie. Aber sie haben den Fluss getötet und so viele andere Flüsse und dort, in dem Supermarkt der Welt, vergiftet bis zum Grundwasser, leiden dreizehn von hundert Kindern Hunger.

Das Boot erreichte fast den Rio de la Plata und die Luft ähnelt mehr Luft und die Flüssigkeit mehr einer Art Wasser. Wir tranken einen Kaffee auf einer Terrasse. Wir atmeten. Wir schüttelten die Übelkeit mit Mineralwasser und der Sicht auf den Fluss ab. Oben an dem strahlenden Nachmittagshimmel schwebte ein Halbmond, juwelengleich.



## **Riachuelo. Die Reinigung der Oberfläche**

Von Lucy Fricke

Wir wollen nicht von Schönheit reden. Nicht von Tango und Asado, nicht von den prächtigen Boulevards und malerischen Friedhöfen. Nicht von Romantik und Leidenschaft und anderen Illusionen. Ich bin seit dreißig Stunden in der Stadt, als ich mich auf einem Boot wiederfinde, das mitten durch die Kloake treibt.

Sechzig Kilometer lang ist der Riachuelo, bis zu 35 Meter breit, er bildet die Grenze zwischen der Stadt Buenos Aires und der Provinz. Ein Fluss, der zu den am stärksten verseuchten Gebieten der Erde zählt. Wer in dieses Wasser fällt, ist kontaminiert, sagt man uns. Wird ein Fisch vom Río de la Plata ineingetrieben, muss er schnell sein, sonst schwimmt er bald auf dem Rücken.

Wir sitzen hier in Schwimmwesten, die uns vor nichts schützen, umhüllt von einem Gestank, der in den Augen brennt.

Unser Boot heißt Elefante 3, doch bewegt es sich beinahe zaghaft. Niemand will hier irgendetwas aufwirbeln, starke Wellenbewegungen können die Fäulnisvorgänge beschleunigen. Dieser Fluss hat sich schließlich schon einmal selbst entzündet, an einem heißen Sommertag im Jahr 2001. Genährt von einem Gemisch aus tierischem Fett und Schwefelsäure schlugen die Flammen bis zu fünf Meter hoch. Ein Wasser, das in Flammen aufgeht. Es ist dies einer jener Orte, an denen die Welt zu Ende geht. Eine teuflische Brühe aus organischen und industriellen Abwässern. Achtzig Prozent Kloake, zwanzig Prozent Industrie. Wir treiben durch die Scheiße einer 13 Millionen-Metropole. Arsen, Chrom, Kupfer, Zink und Blei gibt es gratis dazu.

Je weiter wir fahren, desto durchdringender wird der Gestank. Es stinkt nach Verfall und Versagen. Schon vor über 25 Jahren gab es erste Rettungspläne und gigantische Darlehen, die dann im Sumpf der Korruption verschwanden.

Früh siedelte man die Schlachthöfe und Gerbereien von Buenos Aires am Riachuelo an, später kam die Schwermetallindustrie dazu und heute ist hier alles tot, der Fluss, aber auch die Fabriken, Lagerhallen und Werften. Einzig die Autobahnbrücke über uns ist ein Ausdruck von Leben.

Einsam fährt ein kleines Boot vorbei, schaufelt den Müll von der Oberfläche. Müll, der jeden Tag nachwächst, von den Ufern, den Slums. Es heißt, die Gefahr den Schlamm am Boden zu reinigen sei zu groß, da würde man die Gifte freisetzen. Als würde da ein Monster schlafen auf dem Grund dieses Flusses, und niemand will derjenige sein, der es weckt.

Nirgendwo scheint er mir deutlicher als hier, der Geruch von gnadenloser Armut. Die Ärmsten der Stadt sterben an der Luft, die sie atmen. Kinder winken uns vom Hang aus zu und wir, in unseren leuchtenden Schwimmwesten, winken zurück. Wir bekamen eine Sondergenehmigung, um eine Stunde lang durch die Hölle fahren zu dürfen und jetzt winken wir Kindern, die vielleicht niemals so alt werden wie wir.

Vor zehn Jahren hat die argentinische Justiz ein Urteil gesprochen, dass die Provinz Buenos Aires und die Hauptstadt verpflichtet, den Fluss und die umliegenden Gebiete zu

sanieren. Neben die Hütten aus Holz und Wellblech baut man nun Sozialwohnungen, die Luft zum Atmen aber bleibt dieselbe. Doch auch das ist nicht die ganze Wahrheit. Viel sei passiert in den letzten Jahren, von großen Fortschritten höre ich, von guten Entwicklungen, sogar einen Reiher hätten sie hier kürzlich landen sehen. Ein Paradies wird es nie, aber ein bisschen weniger Hölle ist auch schon was.

Auf der Rückfahrt serviert man uns Sandwiches, Crossaints und Cola aus der Kühlbox. Ein ganz normaler Bootsausflug an einem Frühlingstag. An einem Ort, der niemals zu einer Normalität werden darf.

## **Riachuelo, la limpieza de la superficie**

De Lucy Fricke

Traducción de María G. Tellechea

No queremos hablar de belleza. Ni de tango o asado, tampoco de bulevares suntuosos o cementerios pintorescos. Ni de romanticismo o pasión y otras ilusiones. Han pasado treinta horas desde que llegué a la ciudad y me encuentro a bordo de un bote que avanza por el medio de una cloaca.

Sesenta kilómetros de largo tiene el Riachuelo, hasta 35 metros de ancho, constituye el límite entre la Ciudad de Buenos Aires y la Provincia. Un río que está entre las zonas más sucias de la Tierra. El que se cae en estas aguas, ya está contaminado, nos dicen. Si un pez del Río de la Plata se ve arrastrado hasta acá, tiene que ser veloz, si no, enseguida empezará a nadar estilo espalda.

Estamos en este bote provistos de chalecos salvavidas que no nos salvan de nada, envueltos en un hedor que te hace arder los ojos.

Nuestro bote se llama Elefante 3, pero se mueve de forma casi temerosa. Acá nadie quiere agitar una sola gota, generar olas fuertes puede activar los procesos de descomposición. Al fin y al cabo una vez este río ya se prendió fuego solo, un día caluroso del verano de 2001. Cebadas por la combustión de una mezcla de grasa animal y ácido sulfúrico, las llamas alcanzaron hasta cinco metros de altura. Agua en llamas. Este es uno de esos lugares en los que el mundo se dirige hacia su fin. Un caldo demoníaco de aguas con residuos orgánicos e industriales. Ochenta por ciento de cloaca, veinte por ciento de industria. Avanzamos por la mierda de una metrópolis de 13 millones. Arsénico, cromo, cobre, cinc y plomo vienen con el combo.

Cuanto más avanzamos, más penetrante es el hedor. Es olor a putrefacción y fracaso. Hace ya más de 25 años aparecieron los primeros planes de salvataje y créditos gigantescos que luego se hundieron en el pantano de la corrupción.

Al comienzo se asentaron en el Riachuelo los mataderos y las curtiembres de Buenos Aires, más tarde se le sumó la industria de metales pasados, y hoy acá está todo muerto, el río, pero también las fábricas, los galpones y astilleros. El puente de la autopista arriba de nosotros es la única expresión de vida.

Un botecito pasa en soledad por al lado nuestro, remueve la basura de la superficie. Basura que sigue creciendo todos los días, de las orillas, de las villas. Dicen que limpiar el lodo del fondo sería muy peligroso, se liberarían todas las sustancias tóxicas. Como si hubiese un monstruo durmiendo en el lecho de este río... y nadie quiere ser el que lo despierte.

En ningún lugar me parece más claro que acá: olor a pobreza despiadada. La gente más pobre de la ciudad muere por el aire que respira. Los niños nos saludan desde la ribera y nosotros, con nuestros chalecos luminosos, también los saludamos. Recibimos un permiso especial para viajar por el infierno durante una hora y ahora saludamos a niños que quizá nunca lleguen a tener nuestra edad.

Hace diez años, la Justicia argentina dictó una sentencia que obliga a la Provincia de Buenos Aires y a la capital del país a sanear el río y los terrenos lindantes. Junto a las casillas de madera y chapa ondulada ahora se construyen viviendas sociales, el aire para respirar –sin embargo– sigue siendo el mismo. Pero tampoco esa es toda la verdad. Muchas cosas pasaron en los últimos años: escucho de grandes progresos, de buenos avances, incluso hace poco habrían visto una garza por acá. Un paraíso no será nunca, pero un poco menos de infierno ya es algo.

En el viaje de vuelta nos sirven sándwiches, medialunas y unas cocas de la heladerita. Una excursión en bote perfectamente normal en un día de primavera. En un lugar que nunca debería ser considerado normal.